IDILIOS DE MI TIERRA

Rodaba el tren por las ásperas llanuras de Castilla: parecía que habíamos salido del oasis al desierto de la Arabia Petrea; del ensueño dulcísimo á la abrumadora pesadilla. Ni un árbol, ni un arbusto, ni rastro de vivienda humana, ni siquiera las flores mortecinas de otoño, ni la hojarasca seca que, removida por el aire, produce rumores de melancolía. Todo lo habían consumido los ardores del sol canicular; había pasado por allí el soplo del huracán. Y me acordé con inmensa tristeza de las verdes montañas de mi tierra, de las frondosas laderas en que se cobijan, bajo árboles seculares, las casitas limpias donde reina la paz paradisiaca; de aquellas miniaturas de tren que pasan rozando el ramaje susurrante y juguetean en las encrucijadas de montes y caminos, mostrando á la mirada atónita los mil variados matices del verdor de los campos, las rústicas cabañas, los caserones cómodos, los castillos señoriales, todo en bello desorden, en plena soberanía de vida vegetal, entre aromas regalados y el acre olor del helecho y el humo de los caseríos.

Allí no hay otoño ni invierno en cuanto esas estaciones significan paralización de las fuerzas de la naturaleza: cuando se entumecen unas plantas, surgen otras del seno henchido con vigor inusitado, en perenne renovación de colores y matices, que hacen más variado y agradable aquel grandioso panorama. La luz del sol desciende inofensiva y cernida como iniciación de un misterio; en el fondo del sombrío barranco corre rumorosa la cristalina corriente, sin ímpetus, sin violencias, sin el temeroso estruendo del torrente devastador; los risueños vallecitos están como acotados por las montañas, cual si la sabia madre naturaleza quisiera presentar por parcelas los tesoros que encierra en su seno, dejando á la adivinación y al deseo lo que se esconde á la mirada.

¡Qué descansada vida allí la del labriego que, sentado en un ribazo, enjuga el honrado sudor de su frente, mientras que con sus callosas manos prepara la tradicional pipa sacada de los pliegues de la boina! ¡Qué sobria y alegre comida aquella, aderezada con el condimento espartano y sazonada con sencillas plegarias en la inimitable lengua de Aitor, aún no contaminada (en buen hora lo diga), con las lacerías é inmundicias de otras lenguas!

Tierra en que la noche está poblada de rumores del campo, y despierta el día sacudiendo el blanco cendal de la inocencia, la tenue neblina que se disipa á las primeras caricias del sol. ¡Olvídeme de mí si te olvidare!

Aun desde estas islas de Levante: surgidas como al conjuro de sirenas en medio de ancho y mansísimo lago; desde estas islas Baleares donde la hospitalidad es proverbial y las costumbres patriarcales y sencillas y la crónica criminal escasa ó nula, y hay montañas y valles que recuerdan tus valles y montañas y se perpetúa la estación de las flores y es primaveral la brisa y el cielo de azul purísimo y el campo ostenta el color de la esperanza y alternan con los árboles tropicales el maíz, el manzano y el roble; desde éste seguro puerto, escogido por morada voluntaria, te saludo con la efusión del niño á la madre insustituible.

Es más deseable tu pobreza que la fertilidad de estas vegas; más blando y suave el susurro de tus frondas que la rumorosa cadencia de estas palmeras; más puro el aire de tus montañas, más dulcemente melancólico tu cielo gris y más confiada la transparencia de las ondas del proceloso cantábrico.

Tierra hospitalaria y generosa donde siempre hallan sombra y descanso los cansados miembros; tierra á donde acuden los menesterosos de toda España; donde florecen las virtudes todas de los tiempos que fueron y en donde encuentran abrigo y amparo y cordial acogida aun los ingratos que la explotan y denigran. ¡Maldita sea la ingratitud, y bendito mil veces el país de mis ensueños!

FRAY EUSTOQUIO DE URIARTE.
(Agustino).

Palma de Mallorca, Octubre de 1899.